

Sara Witch

# Situaciones *de la* Vida Vol. I



Sara Witch

Situaciones  
*de la* Vida



1ª Edición: noviembre de 2019  
Título original: Situaciones de la vida  
Copyright @ Sara Witch, 2019  
Diseño de portada: Taty ND  
Corrección: Raquel Antúnez  
Maquetación: Raquel Antúnez  
Imágenes del interior de la maqueta diseñadas por Freepik

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*Cuando las palabras no se las lleva el viento,  
hay que prestarles atención.*

## Sinopsis

Esperando el autobús o sentada en el metro observo a la gente que comparte el mismo espacio que yo, imaginando cómo serán sus vidas, con quiénes las compartirán y, entonces, las neuronas comienzan a vibrar.

Un rostro, una frase, una noticia de actualidad son suficientes para activar mi imaginación. Así surgió *Situaciones de la vida*.

Historias cortas, momentos puntuales en la vida de los personajes que os acercarán a posibles desenlaces que, quizás, podrían ser reales.

# Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[El motivo](#)

[Descubriendo](#)

[La Lucha](#)

[¡¡¡Le quiero!!!](#)

[Tú lo sabes](#)

[Todo es posible](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

## El motivo



Otra vez. Un nuevo amanecer, una cama desconocida y una mujer a mi lado de la que ni siquiera recuerdo el nombre. Vuelvo a estar sereno después de una noche de excesos, desnudo y vacío. Como siempre.

La desconocida se gira. He de reconocer que tiene un cuerpo de infarto, de no ser así, no estaría aquí. Abre sus ojos y me mira. Lo veo, es lo de siempre. Veo el anhelo de tenerme, de creerme suyo. De que todo cuanto poseo está al alcance de su mano por haber despertado juntos. Otra mujer a la que mi dinero, mi estatus y, no voy a pecar de modesto a estas alturas, mi estupendo físico, ha hipnotizado, cree haberme cazado por compartir la cama. ¡Ingenua!

Otra muesa en mi larga lista. Solo tengo una norma cuando me dejo llevar por la lujuria; nunca repito, no quiero que se crean lo que no va a ser.

Suelo pasar buenos ratos entre las sábanas, no me voy a engañar, pero mi interés suele desaparecer con los primeros rayos de luz.

Todas pretenden atraparame a mí y a mis cuentas bancarias, lástima. No saben que no me enamoro. Me encanta el sexo, no lo voy a negar; pero mi alma es inalcanzable. Nunca encontraré a una mujer que me quiera por mí mismo... Quizás si fuera un hombre corriente sería todo distinto, no obstante, la realidad es que no confío en las mujeres. Mi dinero es tan llamativo para ellas, como la luz para las polillas.

Tampoco es que pase desapercibido, mis salidas nocturnas, mis derroches y mis ganas de sexo, me acompañan en cada escapada. Ellas aceptan mis proposiciones y disfrutamos horas de lujuria y desenfreno. ¿Qué más quieren? Por desgracia, lo quieren todo, y yo cada día estoy más harto de esta situación sin sentido, pero no hago nada para que cambie.

Su mano desciende por mi abdomen, su calidez enciende mi cuerpo, pero no hay sentimientos de por medio. Es muy atractiva, buen cuerpo y, si no recuerdo mal, un buen polvo. Lo de siempre. Está dispuesta a darme placer, a retenerme unos instantes más antes de que desaparezca de su vida. ¿Y por qué no? Así estaré más relajado en la oficina.

No me hace esperar, su boca sigue el rastro por donde sus manos han pasado hace apenas unos segundos. Mi pene entre sus labios, un gemido placentero al engullirlo hasta la base. He de reconocerlo, la come de vicio. Pongo las manos sobre su cabeza y marco el ritmo que me apetece sentir en este momento. Ella acepta mi anhelo, no hay expresiones extrañas por su parte, solo una total sumisión a mis deseos.

Tras varios minutos balanceando mis caderas, siento cómo comienza un espasmo de placer y me corro en su boca. Ella se separa mientras se relame los restos de semen que han quedado en sus labios.

Ha estado bien, no para lanzar cohetes; pero ha sido una buena mamada que me ha dejado relajado.

Me siento en la cama y comienzo a vestirme.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo asuntos que resolver.

—Yo tengo un asunto al que me gustaría que le prestaras un poco de atención, será divertido. —  
Coge mi mano y desliza mis dedos por sus pliegues húmedos, ronroneando en mi oído, pidiéndome guerra.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunto mientras la acaricio.

—Sí, por favor, no pares...

Introduzco dos dedos en ella, está de rodillas sobre el colchón y en esta posición mis dedos encuentran sin problema sus puntos más sensibles. Monta mi mano como una experta amazona, hasta que suelta un gritito acompañando de una fuerte convulsión y siento sus fluidos gotear sobre la cama, sé que ha acabado. Se tumba y se despereza satisfecha.

Limpio mi mano en las sábanas y termino de vestirme.

—¿Me llamarás? —pregunta esperanzada cuando abro la puerta para irme.

—No lo creo, preciosa. Un placer haber coincidido contigo anoche.

Salgo de ese piso, busco la llave del deportivo, aprieto el botón y las puertas quedan desbloqueadas. Subo y acelerando me alejo de la nueva muesca.



—Buenas noches, Marina. Cuanto tiempo sin verte por aquí.

—Hola, Eduardo. He estado muy ocupada, pero hoy he decidido tomarme un respiro y me apetecía una copa y charlar con el mejor barman que conozco.

—No me voy a quejar, pero como te oiga el jefe... —Ella suelta una carcajada.

—Venga, Mauricio sabe que eres el mejor, aunque le cueste reconocerlo en voz alta.

—Me están pitando los oídos. ¿Hablando de mí? —El aludido apoya una mano sobre el hombro de Marina y la besa en la mejilla—. Hola, preciosa, te echábamos de menos.

—Hola, Mauri. Ahora le contaba a Eduardo que andamos con mucho trabajo en la oficina, pero hoy me he escapado. Lo necesitaba.

—Pues me alegro de que hayas venido. Estás preciosa, como siempre. Discúlpame, acaba de llegar alguien a quien debo atender. Luego, si andas por aquí y te apetece, charlaremos un rato.

—Claro, Mauri. Sin problemas, el trabajo es el trabajo. Hoy no tengo prisa, esta noche estoy libre.

—Pues luego te veo.

Cuando Mauri se aleja de la barra la dulce voz de Marina se dirige al barman.

—Eduardo, pon dos chupitos de tequila, tenemos que brindar por esta noche de reencuentros.

—Marchando.



Cuando entro en el local, doy un rápido vistazo a mi alrededor. Veo a Mauricio en la barra hablando con una mujer. Buen cuerpo, melena castaña y lisa hasta la cintura. Desde mi posición no puedo apreciar bien su físico; pero, por las miradas que le dedica Mauricio, debe de ser por lo menos bonita.

Él me ha visto, creo que se disculpa con la chica y se dirige hacia mí con una gran sonrisa. Sé que soy uno de sus clientes más adinerados y cuando aparezco por su club se desvive para que me sienta a gusto. Alguna noche me ha presentado a la chica que he acabado follándome. Puede que esta noche no sea diferente.

—Buenas noches, señor Garner. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, Mauricio. —Ve que mis ojos observan a la morena de la barra y se interpone

en mi campo de visión—. ¿Sucede algo?

—No, señor Garner. Si necesita compañía, estaré encantado de presentarle a Carla. Es nueva en la ciudad; una rubia preciosa, si me permite la observación.

—¿Y qué me dices de la morena de la barra?

—¡Oh! Es una buena amiga y una buena clienta. No creo que sea lo que usted precisa, señor Garner. No es como las otras mujeres. —Carraspea—. No es como las que está usted acostumbrado a tratar.

—Eso, si no te importa, lo decidiré yo. —Sin esperarlo, dirijo mis pasos al encuentro de esa morena que tanto ha llamado mi atención, obligando a Mauricio a dejar de hablar y a seguirme para presentármela.

—Perdón por la interrupción. Marina, me gustaría presentarte al señor Garner.

—Puede llamarme Alexander.

Tiende su mano para saludarme. Se la estrecho.

—Encantada, Alexander.

Su suave voz al pronunciar mi nombre hace que me estremezca de placer. Imagino cómo sonará mi nombre en su boca cuando la posea esta noche, y mi polla da un brinco impaciente.

La mirada que me lanza el camarero es de desaprobación, pero me importa una mierda. Hoy ya he decidido quién calentará mi cama y no hay nada más que hablar.

—No te había visto nunca por aquí. —agrego con esa sonrisa que sé que les encanta.

—Ni yo a ti tampoco. —Sonríe—. ¿Puedo hacerte una observación?

—Claro.

—Hueles muy bien, debes de ser un rompecorazones. ¿Me equivoco? —Me rio con su comentario—. ¿Has venido a ligar?

—Dicho así... He venido a conocerte. Esta noche soy todo tuyo.

—¿Y qué te hace suponer que quiero que seas mío?

—Por tu forma de mirarme, estoy convencido.

Suelta una carcajada y vuelve su rostro hacia la barra.

—Eduardo, por favor, pon un par de tequilas y una cerveza. —El camarero sirve las consumiciones, y ella coge el chupito y brinda con él—. Por nosotros, Edu. Que nadie nos cambie.

—Por ti, Marina, porque eres la persona más sensata que conozco.

Ignorándome por completo, veo cómo beben y se sonríen entre ellos. Ella se gira para encararme.

—Señor Garner —me dice en un tono que me descoloca—, es mejor que busque en otro lugar lo que sea que esté buscando. Aquí solo encontrará conversación y poco más.

—Me apetece conversar contigo.

—Lo siento, quiero ser cortés, pero no creo que me estés entendiendo. No me voy a ir a la cama contigo; por más rico, guapo y deseable que seas. No me atrae tu interior, así que no eres lo que quiero en este momento.

Me está despreciando y eso duele en mi ego.

—¿Y puedo preguntarte qué es lo que quieres?

—Mira, te lo voy a contar; aunque en el fondo sé que no te interesa. Quiero olvidar unas semanas estresantes tomándome unas copas y charlando con mis buenos amigos, Eduardo y Mauricio.

—¿Y no puedo entrar yo en ese grupo de amigos?

—No nos conocemos de nada, Alexander, no tenemos de qué hablar entre nosotros.

—Eso se puede solucionar. ¿A qué te dedicas cuando no bebes como un marinero ruso?

Ella sonríe por mi pregunta.

—No bebo como un marinero.

Observo sus facciones. Realmente es una mujer preciosa, me fijo en sus bonitos ojos azules, casi transparentes, en sus labios carnosos y en los hoyuelos que se le forman en las mejillas cuando sonríe. Y, joder, qu e sonrisa.

—Entonces,  a qu e te dedicas? —Intento seguir charlando con ella.

Me atrae de manera diferente al resto de las mujeres con las que me relaciono. Creo que me gustaría conocerla mejor y no solo en el ámbito sexual. Tiene algo más que me cautiva.

—Alexander. —De nuevo me altera mi nombre en su voz cálida y sexi—. En serio, no te ofendas, pero no me apetece seguir con esta charla. Por más atractivo que seas, por más dinero que manejes y, aunque pensara que pasar la noche contigo sería inolvidable, no me interesas. Conozco demasiado bien a los hombres como t .

— Como yo?  Qu e quieres decir con eso? —Esta mujer me desarma.

—Hombres que sabéis cómo resaltar vuestro físico y vuestras posesiones, os gust is demasiado para dejarlo pasar, solo busc is vuestra propia satisfacción, sin importaros los sentimientos de las mujeres que pasan por vuestras manos.

Eduardo est  muy pendiente de nuestra conversación desde el otro lado de la barra. S  que est  escuchando todo lo que esta preciosa morena me está diciendo y lo veo reírse.

Marina le da un último trago a su cerveza y llama la atención del camarero.

—Eduardo, por favor, c brame. Creo que por esta noche ya tengo suficiente, me voy a casa. Sola. —Remarca esa palabra, por si no lo he captado.

—Déjame que por lo menos te invite.

—No, gracias. Me gusta correr con mis gastos.

— Te pido el taxi, Marina? —Oigo al camarero preguntarle y, antes de que responda, le pregunto:

— Puedo llevarte yo?

—S , Eduardo, gracias. No, Alexander, no insistas.

— Por qu e eres tan dura conmigo? No har  nada que t  no quieras... —S  que mi tono de voz es sugerente. No voy a mentirme a mí mismo. Siempre surte efecto en las mujeres, pero esta vez me da la sensación de que sucede al contrario.

—De eso puedes estar seguro, Alexander. Seguro que con esa voz las mujeres caen rendidas ante ti; pero, te lo repito, no me importa el físico, ni los ceros que tenga tu cuenta. No soy tan superficial como intuyo que son tus conquistas. A mí me interesa como es la persona con la que hablo, su interior. Simple,  verdad?

—Nunca he tratado con una mujer como tú. Me encantaría conocerte mejor...

—Estoy segura de ello —me corta.

—Marina, el taxi est  en la puerta —la avisa el camarero.

—Un placer conocerte, Alexander. —Alarga su mano, y yo se la estrecho—. Espero que tengas más suerte con otra chica esta noche.

—Ninguna será tan interesante como t .  Volveremos a vernos?

No quiero que se vaya, hace tiempo que no me sentía así. Creo que ella sería capaz de leer mi interior sin esfuerzo y me atrae la idea. Es una mujer distinta a las demás. En este momento; ella es la luz, y yo la polilla.

—No creo. —Sonríe.

Veo cómo Eduardo sale de la barra, y ella le toma por el brazo, baja del taburete y entonces soy consciente del objeto que lleva en su mano derecha. Un bastón para invidentes.

Marina es ciega.

Sara Witch



# Descubriendo



Mi vida es gris desde hace semanas, nunca nadie me había afectado tanto. Sus palabras resuenan en mi cabeza...

«Jamás vuelvas a buscarme, olvídate...». Me duelen, pero no puedo sacarlas de mi mente. Se han instalado en mi subconsciente desde que salieron de sus labios; sus preciosos, carnosos y apetecibles labios. Me había gustado tanto besarlos, acariciarlos con mi lengua mientras sentía cómo su cuerpo se estremecía de placer. La deseo desde el primer momento en que la vi...

Su vestido rojo con un escote provocativo resalta sus pechos sin llegar a ser vulgar, ceñido hasta las rodillas, marcando unas curvas de infarto y lleva unos tacones de vértigo que estilizan sus largas piernas. Llama mi atención cuando entro en casa de mi socio. Es como un faro en una noche oscura que me avisa en medio de una gran tormenta en el mar. No puedo dejar de mirarla. Nunca he visto a una mujer tan hermosa como ella y, lo que más me molesta ahora, es que ignoro quién es. La observo durante lo que me parecen minutos, mientras saboreo el champán que sirven en la velada, aunque de pronto me doy cuenta de que han pasado horas.

Un halo de pureza parece envolverla y, para un demonio como yo, es una atracción irresistible. Puedo apreciar instantes, apenas segundos, en los que sus ojos se posan en mí. Me parece leer turbación en su mirada, intentando entender por qué no le quito mis ojos de encima, aunque desvía apurada la mirada, vuelve disimuladamente a observarme.

Me aproximo a mi socio y amigo para indagar sobre ella, aprovechando que lo he visto solo en un lateral de la sala. Quiero saber quién es y entender por qué me atrae de ese modo y despierta mi instinto más animal...

—Jona, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, Diego —responde con su eterna sonrisa mientras da palmaditas en mi hombro—. Dime qué te preocupa.

Lo miro sorprendido.

—No estoy preocupado. No sé por qué dices eso.

—Pues tienes esa expresión de que hay algo que debes resolver o no dormirás durante días. —Sonríe sinceramente.

Creo que Jona es el único que realmente me conoce.

—Tienes razón, aunque no es algo que deba preocuparte. Solo quería saber quién es esa preciosidad de rojo que está hablando con el impresentable de tu cuñado.

—Cuidado, Diego... Es la mejor amiga de Emy y no me gustaría tener problemas con mi mujer porque tú decidas jugar con su amiga.

Como si sus palabras no me afectaran —aunque en el fondo sí lo hacen, porque sí; sé que soy un cabronazo con las mujeres, aunque no necesito que mis amigos me lo recuerden—, pregunto de nuevo quitando importancia a lo que me ha dicho:

—¿Y se llama?

—Diego, ¿me has oído? Es terreno peligroso. Si la lastimas de cualquier manera, Emy me arrancará la piel a tiras por no haber evitado que mi amigo se acercara a ella.

Ahora soy yo quien sonrío. Emy me conoce mejor que Jona, es lo que pasa después de veinte años de amistad. Sabe que mis relaciones con las mujeres son para saciar mi apetito sexual. Nunca me ha interesado ninguna lo suficiente como para que me quisiera comprometer de ninguna

manera. Solo hay tres mujeres en mi vida por las que daría la mía: mi madre, mi hermana y Emy. La conozco desde los seis años, así que para mí es como otra hermana fastidiosa y sincera, y ella lo sabe.

—Solo es curiosidad, nunca la había visto. ¿Y dices que es amiga de Emy?

—Sí. Se conocieron en la universidad. Llevaban tiempo sin verse y anoche llegó de Europa y nos dio una sorpresa.

Interesante.

—Pero aún no me has dicho su nombre...

—Ven. Acabemos con esto de una vez. Voy a presentártela y espero que mi mujer se apiade de mí por ser tan débil.

Mi carcajada sale espontánea del pecho y sigo sus pasos hasta situarnos junto a la preciosa desconocida y mi única amiga que están pidiendo unas bebidas.

—Emy, aquí hay alguien que quiere conocer a nuestra invitada —comenta a su esposa, mientras se sitúa a su lado y le rodea la cintura con uno de sus brazos.

Emy me dirige una mirada asesina, antes de volver su precioso rostro hacia la mujer que la acompaña y, tras sonreírle, nos presenta.

—Alexandra, te presento a Diego, ¿recuerdas en la universidad que te hablaba de mi vecino? Pues aquí lo tienes.

Aproximo mi mano para estrechársela y, mientras nuestras miradas parecen conectadas por un hilo inexistente, una fuerte sensación de hogar invade mi pecho. El contacto con su mano me estremece el alma. ¿Qué diablos acaba de suceder? Separo nuestro acercamiento, aun a pesar de no querer dejar de tocar su piel.

—Encantada, Diego. —Su melódica voz me envuelve—. Emy me ha hablado mucho de ti.

—¿Eso has hecho, vecinita? ¿Qué le habrás contado? Espero que nada comprometedor. —No sé por qué me molesta profundamente que Emy le haya podido contar mis escarceos amorosos. Quizás me hubiera gustado parecer una buena persona a sus ojos.

—Solo la verdad. —Se defiende Emy muy digna.

—Diego. —Llama de nuevo mi atención hacia su suave y cautivadora voz que hace que mi cuerpo reaccione—. Un placer haberte conocido; pero, discúlpame, he de hablar con un amigo —repone mientras sus finos dedos rozan mi brazo.

Sin más, se da la vuelta y se aleja de mí. Observo el contoneo de sus caderas al caminar y una presión en mi entrepierna me advierte del peligro que tiene esta mujer...

«Me ha excitado mientras me ignoraba, si consigo que me haga caso creo que puede ser memorable», pienso.

—Diego, deja de mirarla así. —Emy golpea mi brazo mientras lo dice.

—Es preciosa. —Pienso sin darme cuenta de que lo he hecho en voz alta.

—Sí, lo es, y una muy buena persona que no siempre lo ha tenido fácil. De verdad, Diego, déjala. No juegues con ella. No me gustaría que la lastimaras.

Sus palabras me molestan y me sorprende; nunca me había importado que Emy me recriminara mi comportamiento con las mujeres, hasta ahora. La miro muy serio y mi respuesta la deja alucinando.

—No tengo ninguna intención de jugar con ella, es más, no es mi tipo para nada, demasiado fría para mi gusto.

Intento que mi amiga no se percate de cómo me ha afectado esa mujer. En ese momento veo cómo Greta, una sensual mujer con la que he tenido alguna que otra noche loca, se aproxima hacia mí como una gata en celo y sé que esta noche terminaremos en la cama. Emy también la ha visto

acercarse, pero quien ha llamado tan poderosamente mi atención esta noche sigue ignorándome.

—Diviértete con Greta, Diego, y déjala tranquila —me advierte muy seria y, dejándome solo en la barra, se dirige hacia su marido y su amiga.

Aunque Greta es sexi, caliente y está dispuesta a complacerme; no soy capaz de centrarme en sus caricias en mi nuca, mientras aproxima su esbelto cuerpo al mío. Susurra muy cerca de mis labios que quiere irse. Pero yo no quiero moverme de aquí todavía.

La noche es joven, y Alexandra sigue aquí sin darse cuenta de la atracción que ejerce sobre mí. Sigue hablando con el impresentable de Robert, el hermano de Emy y mi exvecino. Nunca me ha gustado ese tipo, es el hermano de mi mejor amiga, pero siempre ha sido un asqueroso con ella. Recuerdo cómo de pequeños me llegué a enfrentar a él por defender a Emy... Ahora, viéndolo tan cerca de Alexandra, siento la sangre hervir en mi interior. Sé qué tipo de sentimiento está atravesando mi cuerpo, aunque no le quiero poner nombre. Es imposible que esté celoso si no he cruzado ni tres palabras con esta mujer... Sin embargo, mi corazón late rápido y no me gusta esa sensación. Veo cómo toca el brazo de Robert, se acerca a su oído y, tras decirle algo y sonreírle, posa su mirada en mis ojos y dirige sus pasos hacia la salida; alejándose a cada paso más de mí.

¿Por qué siento un vacío en mi cuerpo? No estoy dispuesto a admitir que su presencia, e incluso su ausencia, me puedan afectar.

Greta sigue regalándome los oídos con palabras calientes que seguro me harán olvidar. Poso mis labios sobre los suyos y los devoro con ansias, me separo y observo su rostro. Tengo que admitirlo, no es a ella a quien me gustaría estar devorando, ni su mirada la que quisiera estar observando; pero ella quiere más —todas siempre quieren más— y, cómo no, mi cuerpo acaba sucumbiendo a sus caricias; soy un hombre.

La ciño por la cintura y, dirigiendo nuestros pasos hacia donde antes lo hizo Alexandra, me despido de mis amigos y salimos a la calle. Vamos a su apartamento a desfogar al animal que cierta mujer de ojos grises ha despertado en mí esta noche.

Después de un par de asaltos con Greta, ya no me apetece seguir jugando con ella. Mi mente traicionera no ha dejado de mostrarme una preciosa mirada y debo salir de aquí, bajo su atento repaso recojo mi ropa y me visto. Intenta convencerme de que pase la noche con ella, pero mi decisión está tomada y no hay más. Salgo de su apartamento y me dirijo hacia mi coche. Mientras, pienso en el momento en el que sus ojos grises me miraron fijamente y una tonta sonrisa asoma a mis labios. Sacudo la cabeza para alejarla de mi mente, no quiero complicaciones con Emy y por hoy ya he tenido bastante, ha sido un largo día.

Han pasado dos días desde la fiesta y no consigo olvidarme de esa mujer; sus sensuales labios, su voz, sus preciosos ojos. He llamado a Jona para ir a comer y poder indagar más sobre ella, pero me ha dicho que había hecho planes con Emy y Alexandra. No me han importado sus argumentos ni sus intentos de negativa, nos conocemos desde hace demasiado tiempo así que acabo uniéndome al plan.

Estamos sentados en la terraza de un café, esperando a que lleguen las chicas. Hemos pedido un par de cervezas y, mientras charlamos, las veo venir hacia nosotros. No se ha percatado de mi presencia y eso me da tiempo para recorrer su cuerpo con la mirada... Es preciosa.

Como si me hubiera sentido, levanta su mirada y la clava en la mía. La preciosa sonrisa que iluminaba su cara, por un segundo, ha desaparecido; aunque inmediatamente otra más forzada se instala en su rostro.

—Hola, cariño —saluda con un beso Emy a Jona—. ¡Diego! Qué sorpresa, ¿cómo tú por aquí? —me pregunta entrecerrando los ojos.

—Me encontré con tu marido y me invitó a comer, espero que no os moleste. —Mientras las

palabras salen de mi boca, oigo el carraspeo de mi amigo mientras mis ojos fijan la atención en Alexandra en la cual puedo advertir un amago de sonrisa contenida—. Hola, me alegro de verte de nuevo. —Y, separando la silla de la mesa que está junto a mí, la invito a sentarse. Ella accede, y en ese instante me siento bien.

Mientras comemos, la charla es amena. Emy cuenta alguna de las situaciones que vivimos de pequeños y las risas no tardan en llenar el espacio. Tras los cafés, mis amigos deciden que es hora de volver a casa, pero no quiero separarme de ella, necesito más tiempo, necesito saber más, necesito... Y, antes de que mi cerebro procese las palabras, mi boca la invita a pasear por el muelle y, para sorpresa de todos los presentes, Alexandra acepta.

Paseamos uno junto al otro en silencio, no entiendo qué me sucede. Me siento como un adolescente en su primera cita. Estoy nervioso. Aprecio infinidad de sensaciones en mi estómago. Alexandra me mira de refilón y puedo ver cómo asoma una leve sonrisa a sus carnosos labios, pero sigue callada.

Decido no desaprovechar el momento para conocerla un poco más, así que le pregunto si le apetece sentarse en un banco. Ella acepta. Sus ojos observan el fuerte oleaje que rompe salvajemente sobre las rocas.

—¿Sabes? —pregunta con su voz cálida—. Si me hubieras invitado a tomar algo o a pasear por otro lado, no hubiera aceptado. Emy lleva años previniéndome sobre ti. —Sonríe—. Pero mi gran debilidad es el mar y, cuando me has propuesto pasear junto a él, no he podido rechazar tu invitación.

—Me alegra haber acertado, me gusta ver el mar embravecido en otoño con estos nubarrones, parece una pintura de Clara Lorca, *Tormenta de agua*. Es uno de mis lugares favoritos... Y no creas todo lo que Emy te cuente de mí, no lo sabe todo.

Se gira lentamente sonriendo y acomodándose para mirarme de frente.

—Diego, ¿me estás diciendo que no eres un donjuán, que no odias los compromisos y que tus líos duran más de unas pocas horas?

—En mi defensa te diré que nunca les he prometido nada. Esas mujeres han tenido claro desde el principio que no quería nada más que pasar un buen rato. No odio los compromisos, pero no he encontrado con quien de verdad quiera hacerlo, ¿y para qué van a durar más de unas horas mis citas si no tienen futuro? No me gusta dar falsas esperanzas.

Veo cómo su mente está analizando mi respuesta y de repente se ríe. Su risa es como una brisa fresca en otoño que me contagia de alegría. No pienso y solo actúo por instinto. Sitúo mis manos enmarcando su rostro y la beso. Cuando nuestros labios entran en contacto, tensa su cuerpo, pero es tal la atracción que siento por ella que soy incapaz de separarme. Muerdo suavemente su labio inferior rogándole acceso a su boca. Ella gime y la entreabre un poco, dándome paso al placer más increíble que he experimentado en mi vida.

Nuestras lenguas se descubren, se acarician delicadamente, disfrutando de nuestro primer encuentro. Su tensión va disminuyendo, se relaja y se deja llevar por el momento. Posa sus manos en mi nuca y enreda sus finos dedos en mi cabello. Dejo una de mis manos en su rostro, mientras deslizo la otra por su espalda hasta llegar a la cintura. La rodeo y la aproximo más a mi cuerpo.

Besos, pasión en estado puro. Necesito sentir su calor como el respirar. ¿Qué demonios me sucede? Ella finaliza nuestro beso separándose y mirándome fijamente a los ojos. Nuestras respiraciones están aceleradas y apoyo mi frente en la suya mientras se normalizan.

—Eres increíble, Alexandra. No sé qué me pasa contigo, pero no quiero separarme de ti.

—Diego, lo siento. Esto no tendría que haber pasado, me he dejado llevar. —Se separa de mí y se levanta del banco—. He de volver a casa de Emy.

—Espera. —La cojo el brazo cuando se gira dispuesta a irse—. ¿Qué sucede?

—No sucede nada, Diego. Discúlpame, simplemente que olvidé por un instante las advertencias de mi amiga sobre ti y sobre tus... relaciones. No quiero ser otra muesca en tu cabecero, yo no busco nada contigo, pero me he dejado llevar y lo siento. Si alguna vez decido arriesgarme con alguien, será con un hombre al que pueda llamar amigo y en el cual confíe; enamorarme y ser correspondida. No quiero para nada un rollo de horas con el mejor amigo de mi amiga.

»Sería embarazoso para Emy y para Jona, puesto que ambos somos sus amigos. Jamás vuelvas a buscarme, olvídame...

»Y, ahora si no te importa soltarme, me gustaría volver a casa.

Aflojo el agarre sobre su muñeca y, antes de que se vaya, le digo lo más honesto que puedo.

—Voy a ser sincero contigo. No sé lo que me pasa desde que te conozco, es algo que me asusta del mismo modo que me atrae. Me gustas, Alexandra, me gustas mucho, me gustaría conocerte. Pero, si lo que quieres es que no vuelva a acercarme a ti, estate tranquila. Ya me has dejado claro lo que piensas de mí. Así será. Vamos, te acompaño a casa de Emy.



—Menudas ojeras llevas, colega. —Oigo la voz de Jona mientras reviso unos informes.

—Sí, llevo unas noches que no he dormido mucho.

—¿Y el nombre de la afortunada eeessss?

—Alexandra. Y, joder, no hables así que pareces un presentador de la tele.

—¿Alexandra? ¿La mejor amiga de mi mujer? Pero ¿cómo? ¿Cuándo? No me lo puedo creer.

—Relájate, amigo. Siéntate y te lo explico; aunque no hay mucho que contar, solo que tu mujercita le previno sobre mí, le advirtió sobre mi falta de interés en los compromisos y en que no cayera en mis trampas o sería otra muesca en mi cabecero, y no he vuelto a saber de ella desde hace un mes; cuando después de comer fuimos a dar un paseo por el muelle.

»¿Realmente Emy cree que mi cabecero tiene muescas de las mujeres con las que he estado? Está loca. —Sonrío con pesar—. No creí que me pudiera llegar a sentir así. No duermo, apenas como... Es como si tuviera una losa en el pecho y me cuesta respirar. Ella huyó de mí, Jona. No quiere ni que me acerque. Yo...

—Tú te has enamorado, amigo mío. ¡Madre mía! No me esperaba verte así de abatido por una mujer que apenas conoces.

—¿Amor? —pregunto asombrado al darme cuenta de que es posible que sea eso. Algo que nunca padecí ha llegado a mi vida arrollando como si fuera un tren de mercancías—. Increíble —susurro.

—Sí, Diego, tienes todos los síntomas. —Se ríe—. Estás metido en un buen lío.

—Pues dime cómo arreglar esto porque me siento morir. Quiero desenamorarme ya... Quiero dejar de pensar, quiero..., quiero verla, maldita sea...

Otra carcajada me devuelve a la realidad.

—No es tan fácil, colega. Estás bien jodido. Lo primero, ¿has intentado hablar con ella? ¿Decirle cómo te sientes?

—Me dejé muy claro que no quería tenerme cerca. Así que no.

—Ay, amigo, cuánto desconoces de las mujeres siendo un ligón empedernido. Si quieres que ella crea en tus sentimientos tendrás que demostrárselos. Tendrás que cortejarla.

¿Cortejarla? Nunca he tenido que hacer nada para estar con una mujer, pero con Alexandra

siento que haría lo indecible para poder tenerla entre mis brazos, besar su boca, rozar su piel.

—Échame una mano, amigo, te necesito. No tengo ni idea de por dónde empezar.

Jona asiente con la cabeza al mismo tiempo que me da unas palmadas en el hombro.

—Vamos a tener que mantener una charla con mi mujercita.



—No me puedo creer que me hayas preparado esta encerrona, Jona. Tú sabes lo que pienso al respecto. Quiero mucho a Diego; es, ha sido y espero que siga siendo, mi mejor amigo toda la vida; pero ya te dije que no iba a mover un dedo para que se la llevara a la cama. Alexandra es mi amiga, ¡joder!, que yo sé cómo trata a las mujeres; las usa y no vuelve a verlas... No quiero que le haga daño. ¿No lo entiendes?

—Emy, cielo. Diego siempre ha sido sincero con todos los que le hemos conocido, y tú lo sabes. Eres su amiga desde hace mucho tiempo y lo conoces. Nunca ha querido comprometerse hasta ahora, ¿no lo ves? Míralo y dime que no siente dolor por no tener una oportunidad con ella. Jamás le habíamos visto así, Emy. Fíjate en su aspecto, está demacrado, da pena... Quizás Alexandra haya llegado a su corazón sin darse cuenta. ¿No lo has pensado? ¿No crees que sea buena persona para estar con ella? ¿Que no puede tener el derecho a cambiar por amor?

Mi amiga me mira con el ceño fruncido, está muy enfadada, no quiere escucharme, y lleva media hora discutiendo con su marido... Me he mantenido callado hasta ahora, pero esto me está superando por momentos. Sus gritos me están rompiendo, no me gusta que discutan por mi causa.

—¡Basta! —Mi voz se eleva por un momento sobre las suyas, haciéndoles callar y centrarse en mí—. No quiero esto. —Señalo hacia ellos con la mano—. No quiero que os peleéis por algo que no os incumbe.

»Os quiero mucho a los dos y me duele que esto haya llegado al punto de que os estéis gritando. No sé si es amor lo que siento por Alexandra; sé que me gusta, que me gusta mucho, que me gustaría conocerla mejor, saber cuáles son sus sueños y si me permitiría acompañarla en ellos. Besar sus labios, observar esas pequeñas arruguitas que le salen al sonreír y que sus sonrisas las provocara yo. Oírla reír y compartir momentos con ella.

»No sé dónde podríamos llegar, porque ella nunca me dará la oportunidad de intentarlo, me lo dejó muy claro la última vez que nos vimos, así que...

—¿Así que... todo eso te gustaría conmigo? ¡Vaya!

Su suave voz me sorprende a mi espalda, cuando me giro la veo en la puerta de la casa. No la he oído entrar. No sé cuánto de lo sucedido en este salón ha llegado a ver y a oír.

—Emy, Jona, ¿podríais dejarnos a solas un momento? —Se está haciendo cargo de esta situación que estaba a punto de estallarme en la cara. Mis mejores amigos salen serios y cierran la puerta a sus espaldas—. ¿Nos sentamos? —me pregunta y se sitúa junto a mí.

En ningún momento ha apartado sus ojos de los míos.

—Siento todo esto, Alexandra. Solo vine a hablar con Emy para hacerle entender que... Bueno, que nosotros no, nunca..., que yo... —Pone un dedo sobre mis labios.

Su contacto me tranquiliza.

—Me gustaría contarte algo y me gustaría que no me interrumpieras. ¿De acuerdo? —Asiento mientras no puedo dejar de mirarla.

—¿Recuerdas hace unos años la fiesta de cumpleaños que celebró Emy en la playa? Yo no he podido olvidarla, me ha acompañado durante años... Mi pareja era Robert, yo estaba invitada en

su casa porque Emy y yo éramos compañeras en la universidad y en esa playa te vi por primera vez. Eras tan guapo. Llevabas el pelo un poco más largo que ahora. Estabas rodeado de chicas preciosas y ni te diste cuenta de que yo te miraba.

»Durante la fiesta, Robert bebió demasiado e intentó propasarse conmigo y, aunque hoy aún lo sigo pensando, no entiendo cómo te diste cuenta, pero lo hiciste. Lo apartaste de mí y lo golpeaste. Emy os separó, y tú, muy enfadado, te fuiste con una preciosa rubia que te esperaba. No volví a verte, pero no pude olvidarte.

»Mientras cursábamos la carrera, Emy me hablaba de sus visitas a casa, del pesado de su hermano y del loco guaperas de su vecino. Me dolía saber de todas tus conquistas; pero me alegraba que no te enamoraras de ninguna...

»Han pasado los años y creí que no coincidiríamos nunca más, hasta que te vi el día de la fiesta. Me pareció gracioso que nos volviéramos a encontrar en una situación parecida a la del pasado. Pero esta vez ya no era una niña asustada y, cuando Robert empezó a beber y a decir tonterías, le dije que me iba a casa y no pude evitar mirarte. —Se calla y su mirada se oscurece—. Y luego, en el muelle, me besaste.

»¿Sabes cuantas veces había imaginado cómo sería besarte?

—No, no lo sé. ¿Cuántas veces, Alexandra? ¿Cuántas veces nos imaginaste juntos? —hablo mientras me siento más cerca de ella, me aproximo pasando mis manos por su cintura.

No se aparta. Siento su cuerpo bajo mi piel y una corriente cálida se extiende por todo mi ser.

—Demasiadas, Diego. —Posa sus manos en mi nuca—. Y, después del beso en el muelle y de oírte hablar hoy, me gustaría que volvieras a hacerlo y lograras apartar ese temor a que todo esto es un sueño... Que no seré una muesca más en tu cabecero —agrega mientras sonrío sobre mis labios—. ¿Puedes hacerlo, Diego? ¿Quieres besarme?

—Hasta el final de mis días, Alexandra.



Hace cincuenta años de aquel primer beso, de ese beso que me despertó de un letargo en el que estaba cómodo y no he dejado de besarla desde entonces. Me enamoré como no creía que pudiera ser posible. Me enamoré perdidamente de su sonrisa, de sus ojos grises, de sus labios... De cómo me hacía reír y de cómo sonaba su voz. También me ha llegado a volver loco, pero repetiría cada uno de esos días de nuevo, solo por volver a compartirlos con ella.

Emy fue la más dura, amenazó con cortarme las pelotas si le hacía daño a su amiga. Esas fueron literalmente sus palabras. Aunque por supuesto nunca tuvo que llevar a cabo su amenaza. Al poco tiempo de empezar nuestra relación nos fuimos a vivir juntos, no podíamos estar tanto tiempo separados; las noches eran eternas sin su cuerpo junto al mío.

No tuvimos que demostrar nada a nadie. Nos quisimos desde el primer día. Y fuimos felices, al final conseguimos que Emy aceptara que era posible que yo, el loco donjuán de su vecino, hubiera cambiado por amor.

Y, sí, cambié. Lo descubrí. Alexandra se convirtió en la persona con la que quería despertar cada día y con la que quería pasar cada noche. Las alegrías han sido inmensas durante todo este tiempo... ¿Quién me iba a decir a mí que unos ojos grises podían remover mis pilares? Aquel primer beso en el muelle, junto al mar en otoño, me descubrió que la vida estaba llena de colores hasta entonces ocultos a mis ojos.

Sara Witch



# La Lucha



Voy en el transporte público, centrada en mis pensamientos. Hace mucho tiempo que no hago este trayecto y todo por su culpa. Hoy sentí la necesidad de hacerlo y aquí estoy, mirando por la ventanilla y viendo el despertar de mi ciudad.

Llego a mi destino, bajo y siento el frío recorrer mi cuerpo; lo cual agradezco, me hace sentir viva después de mucho tiempo. Mis pasos recorren la distancia tantas veces andada anteriormente y pienso en que les voy a sorprender, hace ya tanto que no me ven.

Abro la puerta del gimnasio, y Vanesa, la recepcionista, sonrío al verme.

—¡Cuánto tiempo, Lu! Andabas desaparecida. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, Vane. —«Ahora sí —pienso—, ahora todo está bien», pero no se lo digo—. Me alegro de verte. Voy a cambiarme.

Después de saludarnos, entro en los vestuarios y me cambio de ropa. Una camiseta ceñida, unas mallas, las deportivas y mis guantes. Paso a la sala de entrenamiento y no hay nadie en el lugar al que me dirijo; mejor, no quería esperar.

Me sitúo frente al saco de boxeo y empiezo a darle golpes suaves a fin de calentar un poco. Necesito aporrear este trozo de piel relleno de arena y soltar todo el estrés de estos últimos meses. Esto siempre me ha ayudado a pensar.

Santos, el jefe de este gimnasio, se acerca al verme.

—¡Vaya, vaya, vaya! Mira a quién tenemos aquí. Has vuelto. Te he echado de menos.

Dejo de golpear el saco por un momento, me limpio el sudor de la frente con el bajo de mi camiseta para saludarlo con un abrazo.

—Hola, Santos. Necesitaba volver.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien, nena?

Sonrío, hacía tiempo que no oía lo de «nena» dicho con cariño.

—Sí, por fin estoy bien. Vuelvo a ser la Luisa de siempre.

No estoy siendo totalmente sincera con él, falta mucho para que mi verdadero yo regrese de la oscuridad en la que he estado. Pero quiero volver a reír sin miedo y volver a ser yo misma.

—Ya veo, Lu, sigues machacando al pobre saco como si quisieras destrozarlo. —Se pone serio por un momento y acaricia mi rostro. Sabe que mi vida, estos últimos meses, ha sido un infierno, pero no lo menciona—. ¿Nos tomamos un café cuando acabes con él? Así charlamos y nos ponemos al día, te he echado de menos —repite.

—No estoy demasiado comunicativa estos días.

—Pues entonces solo café. Dejamos la charla para más adelante.

—No sé, Santos, yo...

—Lu, solo un café, ¿vale? Me apetece pasar un rato con una buena amiga.

—Está bien, un café. —Le sonrío—. Luego te busco.

—Genial. Machácalo.

Santos y su imborrable sonrisa se alejan, y vuelvo a centrarme en el saco y en los golpes que le lanzo.

«Este por estúpida.

Este por dejarme someter.

Otro por cada mala palabra que me dedicó.

Por no reaccionar cuando me dio el primer empujón.  
Por llegar a creer que tenía razón tras el primer bofetón.  
Por perdonarle una y mil veces.  
Por enamorarme de un hombre como él».

Abrazo el saco mientras recupero la respiración. Las lágrimas siguen cayendo por mi rostro. Me siento tan avergonzada por dejar que llegara tan lejos... ¿Cómo llegamos a ese momento? Es algo que aún pienso y no encuentro una respuesta válida. Siempre fui una mujer fuerte, segura de mí misma e independiente desde muy joven. Y llegó él con su preciosa mirada, sus bonitas palabras y me enamoré. No me di cuenta, siempre amable, dándome opción de decidir, aunque siempre acababa aceptando lo que él quisiera. Me fue alejando de todo y de todos y fue mermando mi vida sin que yo me diera cuenta realmente de lo que estaba pasando. Todo lo bueno que yo veía en él se derrumbó aquella fatídica noche.

Cuando llegó a casa, el olor a alcohol lo invadió todo. Sus ojos enrojecidos y febriles me miraron, y me dio muchísimo miedo. No parecía el hombre del que yo me había enamorado. Creo que me echó en cara un comentario que uno de sus compañeros en el trabajo le hizo sobre mí. No sabía de qué me hablaba, pero podía percibir el odio y el menosprecio en cada palabra que me dijo.

—¿Siempre has de ir pavoneándote delante de los hombres con esa ropa? No tienes vergüenza. Te gusta que los tíos babeen por ti, ¿verdad?

—Pero ¿qué estás diciendo? Siempre he vestido igual. Me conociste así.

—Pues ya va siendo hora de que eso cambie. Pareces una buscona provocando que los hombres te miren.

Primera falta de respeto.

—No te consiento que me hables así.

—¿Que no me lo consientes? —Se acercó con su rostro teñido por la rabia—. ¿Que TÚ no me lo consientes?

Y llegó el primer empujón tirándome al suelo.

—Estás loco, no me toques.

—Nooooo, yo no estoy loco. Tú eres una golfa, te encanta que los hombres te digan guarradas, que te miren, lo he visto. ¿Con cuántos me has engañado, zorra de mierda?

—Déjame en paz, lárgate de aquí.

Las lágrimas comenzaron a caer por mi cara.

—Esta también es mi casa y no te consiento que me faltes al respeto.

El primer bofetón me sorprendió muchísimo. Pero no fue el único que recibí aquella noche. Ahí todo se perdió. No volvió a dejarme salir de casa. Me encerraba con llave en mi habitación durante días sin darme de comer. Mis necesidades las tenía que hacer en un cubo. Las palizas evidentemente continuaron. Me forzaba cada día... Yo solo quería morir, quería dejar de sentir tanto dolor. No podía pedir ayuda a nadie. Estaba sola con un loco, en una casa a las afueras de la ciudad sin vecinos cerca...

Llegó otra noche, meses después de la primera paliza, más borracho de lo que últimamente era habitual. Le pedí permiso para ir al baño y, sorprendentemente, abrió mis esposas dejándome ir sin más.

Hacía tiempo que no me veía en un espejo y, al observarme, aparté la vista de mi reflejo. No era yo, solo un rostro deformado por los golpes y los moratones.

Al salir, lo vi recostado en la cama con los ojos cerrados. No quería despertarle y que volviera a tocarme. Entonces las vi. Las llaves estaban sobre la mesa, no las había escondido como

siempre. Esa era mi única oportunidad. Sigilosamente las cogí, fui hacia la puerta y, rogando para no hacer ruido, conseguí salir. Tenía que alejarme, llegar a la carretera y pedir ayuda.

No lo vi venir, y se lanzó sobre mí cayendo al duro suelo. Sus manos se aferraron a mi cuello, apretándolo mientras se reía.

—¿Dónde te crees que vas, golfa?

—Por favor..., por favor, déjame... ir...

—Nunca te vas a ir, antes te mato.

Me faltaba el aire, me estaba mareando. Desesperadamente busqué algo en el suelo que le hiciera parar. Una piedra. Le asesté, lo más fuerte que pude, un golpe con ella en la cabeza y cayó inconsciente soltándome por fin.

Me costaba respirar, pero poco a poco me levanté y lo miré. Tenía que irme, alejarme lo máximo posible de él. Pero ¿qué sucedería después? Cuando despertase me buscaría. Aunque la policía estuviera alerta, podría despistarlos y volverme a atrapar. No.

No iba a seguir atemorizada toda mi vida. No quería tener que mirar sobre mi hombro a cada momento, pensando que igual estaría siguiéndome. Solo tenía una oportunidad y no la desaproveché. Tiré de su cuerpo y con mucho esfuerzo logré apoyarlo en el muro que lo rodeaba. Elevé sus piernas y lo lancé al fondo del pozo junto a la entrada.

Me fui caminando sin mirar atrás. Llegué a la ciudad y me dirigí a la comisaría, donde puse una denuncia contra él por todos los abusos que había sufrido. Les conté que había podido escapar porque llegué muy borracho.

Una patrulla fue a detenerlo por agresión y secuestro, y se lo encontraron flotando en el interior del pozo.

El inspector que llevaba mi caso habló conmigo. Según las pruebas forenses el sujeto en cuestión dio una tasa de alcohol en sangre muy superior a lo permitido. Suponían que, cuando intentó salir a por mí, debió tropezar al pasar junto al pozo y cayó dentro golpeándose fuertemente la cabeza, lo que ocasionó que quedara inconsciente y, como resultado, murió ahogado.

—Ya puede estar tranquila, no volverá a hacerle daño.

Sonreí débilmente y salí de la comisaría. El inspector tenía razón, nunca más volvería a lastimarme.

Ahora, semanas después de escapar de ese infierno, empiezo a superar las noches llenas de pesadillas, los golpes ya casi no se notan y, aunque he recuperado a mi familia y amigos —lo cual agradezco—, sé que me queda mucho por delante y que en mi día a día esta lucha solo la puedo pelear yo.

#NiUnaMenos

Sara Witch



¡¡¡Le quiero!!!



Le quiero. No soy capaz de sentir nada distinto cuando se trata de él. Ya no pienso tanto como antes; pero, aun así, no debería quererle de ese modo, aunque hace años que no lo veo, he probado a olvidarle, a no pensar en él. No soy capaz de hacerlo, le quiero y no puedo sentirlo de otra manera. Hace tanto que lo conocí...

Recuerdo la primera vez que lo vi. Hacía tiempo que papá se había ido de casa, y mamá estaba feliz con sus papeles del divorcio en las manos. Decía que por fin nuestra vida iba a ser mejor. Un día cualquiera de la primavera decidió que saliéramos a pasear y a tomar un helado, y así lo hicimos. Llegamos a un parque en el que nunca habíamos parado. Después de terminarnos el helado, mamá se sentó en un banco mientras yo me columpiaba y me fijé en que, junto a ella, había un señor que miraba atento a un chiquillo que trotaba sin descanso tras una pelota. Empezaron a charlar, mientras yo miraba al niño hacer toques con el balón. Los adultos ya llevaban un rato conversando cuando vi a mamá haciéndome gestos para que me acercara a ella. Bajé del columpio y fui corriendo donde se encontraba.

—Mira, Joana, este señor es Luis, y aquel niño que juega con la pelota es su hijo, se llama Óliver. ¿Por qué no juegas con él?

Yo no quería, me daba mucha vergüenza. Entonces vi a Luis llamarlo para que se acercara, y él, corriendo tras su pelota, vino hasta nosotros. Cuando llegó a mi lado, me miró de arriba abajo y entrecerró los ojos al oír a su padre animándole a jugar conmigo.

—Pero si es una cría —se quejó.

—Tengo diez años, casi once. Ya no soy una cría —respondí dolida por su comentario. No quería jugar con él ni que me mirara como lo estaba haciendo, así que me dispuse a ser todo lo estúpida que me fuera posible con aquel niño. —Prefiero sentarme a leer un rato, mami. No tengo más ganas de jugar.

—Está bien —respondió mamá, sabiendo lo terca que era—. Pero no te alejes demasiado.

Cogí el libro de Harry Potter que llevaba en mi mochila del cole y me aparté de ellos. Me senté en el césped, apoyé la espalda en un árbol y comencé a leer abstrayéndome de todo. De vez en cuando levantaba mis ojos del libro y lo veía correr, arriba y abajo detrás de su balón. Decidí dejar de hacerlo, ese niño había sido repelente conmigo, y centrarme en lo que estaba leyendo hasta que mami me llamara para irnos. Y no la vi venir. La pelota impactó directamente en mi cara haciendo que, de rebote, mi cabeza se golpeará con la dura madera del tronco.

Él corrió hacia mí con cara de preocupación.

—Perdóname. No quería chutar tan fuerte, solo quería asustarte un poco. ¿Estás bien?

No quería llorar delante de él, pero no pude evitar dos gruesas lágrimas que se deslizaron por mi rostro. ¿Lo había hecho a propósito?

—Estoy bien, coge tu estúpida pelota y lárgate. Déjame en paz.

—De verdad que lo siento, no quería hacerte daño. —Se acercó un poco más, le miré a los ojos y realmente parecía intranquilo.

—No te preocupes, mami siempre dice que soy una cabezota. Solo me saldrá un chichón.

—¿Quieres que juguemos un rato? —Su propuesta me sorprendió—. Mis amigos hoy están tardando y estoy aburrido.

Eso era el colmo.

—No, no quiero jugar. Seguro que cuando lleguen tus amigos volverás a ignorarme.

—Bueno... —Parecía confundido—. Es que somos mayores que tú.

—¡Uy, sí! Muy mayores. ¿Qué tenéis, veinte años?

—No. Tenemos trece. —Parecía sorprendido por mi reacción. Se puso serio—. Mejor me voy a otro lado.

Cogió su balón y se alejó, dejándome una sensación extraña en el estómago. Al rato lo vi con otros chicos, debían de ser sus amigos, los cuales me miraban y se reían; seguro que les había contado lo del pelotazo y se estaban burlando de mí.



Al cabo de unos meses, mamá quería que habláramos. Nos sentamos una frente a la otra en la mesa. Se puso seria y supe que quería hablarme de algo importante, como el día que mi padre nos dejó.

—¿Recuerdas a Luis? Lo conociste en primavera en aquel parque.

—¿Aquel niño que no quiso jugar conmigo? —Pregunté frunciendo la frente.

—No, cariño. Su papá.

—Me acuerdo de él. Fue muy amable.

—Pues, hemos estado viéndonos y he pensado que es hora de que os conozcáis mejor. Va a vivir con nosotras.

—¿Aquí? ¿Con nosotras?

—Sí, cariño.

—¿Y su hijo?

—Claro, Óliver también vendrá. ¿Dónde quieres que viva?

—Con su mamá.

—Cariño, Óliver no tiene mamá. Se puso muy enferma y ya hace más de un año que se murió.

Mamá se puso triste al contármelo, lo que yo no sabía entonces es que ella conocía por Luis lo difícil que había sido la muerte de su madre para ese chiquillo.

¿No tenía una mamá que le cuidara cuando estaba malito o que le diera abrazos y besos por las noches? ¿Por eso estaba tan serio? Sentí mucha pena por él. Así que le dije a mamá que no me importaba que vinieran a casa con nosotras.

A las dos semanas de esa charla, vinieron para quedarse en nuestras vidas. Luis se adaptó a nosotras, y nosotras a él. Pero con Óliver..., con Óliver fue algo más complicado. Tuvo algunos problemas en la escuela y, además, era como tener al enemigo durmiendo, en el mejor de los casos, en la habitación de al lado. Siempre andaba fastidiándome y mucho más si sus amigos andaban cerca.

Pasaron los años y las cosas fueron empeorando para mí. Él cambió. Mis amigas se dieron cuenta de su evolución. Su cuerpo creció, y ellas no hacían más que recordarme lo guapo que era «mi hermano». «No es mi hermano», les respondía enfurruñada, pero no podía negar que estaba mucho más guapo, aunque fuera un completo gilipollas. Me había enamorado.

Lo que peor llevé fue cuando empezó a traer chicas a su habitación; «para estudiar», decía... Sí, claro. Siempre eran las chicas más guapas y lanzadas de la escuela, siempre pavoneándose frente a mí con sus ligues, y yo sin querer reconocerme a mí misma que me dolía verlo con ellas, centré toda mi atención en los estudios. Quería ir a la universidad, a ser posible, la que estuviera más alejada de él para no volverlo a ver, pero para eso necesitaba una beca, pues mi madre no se

podía permitir que me fuera a estudiar fuera y, con mi esfuerzo, la conseguí. Mi destino, la Costa Este, al otro lado del país. Mientras él seguiría siendo el chico guapo y surfero en la Costa Oeste, yo me adentraría en un mundo totalmente distinto a miles de kilómetros; lejos, muy lejos de él. Aunque todo se precipitó aquella tarde.



Pasaron los años y me quedé en Nueva York. Vivía en un bonito piso de alquiler, con un buen trabajo, alguna que otra relación y la vida continuaba.

Mamá y Luis venían de visita y se quedaban en mi casa el tiempo que les apetecía. Me encantaba tenerlos conmigo. Pero Óliver desapareció de mi vida. Nunca volví a verlo, ni pregunté ni quise volver a saber de él. A veces, cuando mamá y Luis querían contarme cosas en las que él estuviera de algún modo relacionado, les pedía cambiar de tema. Sabían que algo había sucedido entre nosotros, pero nunca preguntaron. Yo podía ser feliz en esa ignorancia. No necesitaba saber que había hecho su vida con alguna chica. No hubiera soportado ese dolor.



Volví al presente con el sonido de mi móvil. Miré la pantalla y vi que era Luis. Me preocupé al instante.

—¿Luis? ¿Estáis bien? ¿Mamá está bien?

—Hola, cielo. Sí, Sandra está genial, ambos lo estamos. Solo quería charlar un rato contigo, si tienes tiempo.

—Claro, tengo un rato libre ahora mismo, solo me asusté.

—Verás, hace tiempo que esperaba este momento. Ahora todo está bien y creo que ha llegado la hora.

—¿La hora? No te entiendo, Luis.

—Sabes lo mucho que quiero a tu madre y lo que te quiero a ti. Nunca creí que volvería a enamorarme, y tu madre lo hizo posible; me enamoró hasta la médula. Volví a compartir mi vida con una mujer increíble, con risas y cariño. Lo que intento decirte es que quiero pedirle que sea mi esposa y me haría inmensamente feliz que me dieras tu aprobación.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Una gran emoción me embargó—. Por supuesto que la tienes, tú la has hecho feliz desde que os conocisteis, contigo siempre la he visto sonreír como nunca la vi hacerlo con mi padre. Será un honor para mí que pertenezcas legalmente a la familia, aunque tú ya eres nuestra familia.

—Estoy nervioso. He preparado una noche muy especial para pedírselo. Deséame suerte.

—No lo estés, os deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias, cielo. Te llamaremos luego. Un beso, Joana.

—Un beso, Luis, y otro para mamá.

Cuando terminó la llamada un escalofrío me recorrió la espalda. Él estaría allí. Volvería a verlo después de tantos años.



Y, tras unos meses de locura, llegó el día del enlace.

Mamá iba preciosa. Habíamos encontrado un vestido increíble para la ocasión. Seguro que a Luis lo iba a volver loco cuando la viera. Durante los tres meses que estuvimos planeando la boda no vi a Óliver, nadie hablaba de él, y yo tenía miedo a preguntar si asistiría y, de hacerlo, ¿lo haría acompañado?

También temía que no viniera. Quería verlo, que me viera. Saber si lo que sentí hace tantos años continuaba siendo lo mismo. Estaba expectante y el miedo no me abandonaba. Extraña combinación.

Llegó el momento de entrar en la capilla. Yo acompañaba a mamá hacia el altar. Ella quiso que fuera así.

Antes de cruzar las pesadas puertas, mamá me miró.

—Joana, estás preciosa —me dijo.

—Tú sí que lo estás, mamá. Estás radiante.

—Me siento feliz.

—Lo sé. —La abracé—. Será mejor que entremos o el novio comenzará a ponerse nervioso. —  
Sonreí.

—¡Vamos! Nuestros hombres nos esperan.

No me dio tiempo a reflexionar sobre sus últimas palabras. Ya íbamos andando por el pasillo y entonces lo vi. No podía ser de otro modo, era el padrino del enlace. Su cabello estaba distinto. Sus rebeldes rizos habían desaparecido y ahora lo llevaba muy corto. Sus increíbles ojos me miraban, recorrían mi cuerpo sin tregua. Y yo temblaba a cada paso. Estaba más guapo, más hombre. Llevaba un traje negro que se adaptaba a cada parte de su cuerpo a la perfección. La camisa blanca realzaba el color tostado de su piel. Se me estaba secando la boca. Estaba impresionante. Él, por su parte, no dejó de mirarme, no podría adivinar qué era lo que estaría pensando en ese momento, porque su expresión no varió.

Entregué la mano de mi madre al novio, me situé justo al lado de ella y la ceremonia empezó. Media hora más tarde, intercambiaron los anillos y se dieron el «sí, quiero». Lo miré de refilón y ahí estaba escrutándome de nuevo, sin más.

Durante la celebración del banquete no se acercó a mí, ni yo a él. La muralla que fuimos dejando crecer entre nosotros parecía más alta que nunca. Alta e impenetrable.

Mucha comida, vino, champán, risas, brindis y besos de los recién casados. Como en cualquier boda, el tiempo transcurría lleno de felicidad.

Llegó la hora del baile y los novios hicieron lo propio abriéndolo con las notas de un vals. Algunas parejas se unieron a ellos y la pista rebosó de alegría. A Óliver hacía rato que no lo veía, así que me relajé tomando un poco de vino. Vi acercarse a Luis y me invitó a bailar, mientras mamá lo hacía con uno de los invitados.

—Ha salido todo perfecto, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa en sus labios—. Los invitados parece que se lo están pasando bien.

—Ha sido precioso, Luis.

—Y, tú, princesa, ¿te estás divirtiendo?

Hacía tiempo que no me llamaba así. Sonreí al recordarlo.

—Me lo estoy pasando genial, papá. —Sí, papá. Es como le sentía y me llenaba de orgullo llamarle así, aunque no lo hiciera siempre.

Sus ojos se humedecieron, sabía que se había emocionado.

Escuché un carraspeo a mi espalda y vi a Luis sonreír ampliamente, dando por finalizado nuestro baile con un beso en la mejilla.

—Sé feliz—me susurró y depositó mi mano sobre la de... Óliver.

—Hola, Jo. Ya era hora de que los padrinos del enlace bailaran juntos, ¿no te parece? —No podía articular palabra, su voz había entrado por cada poro de mi piel haciéndome vibrar. Solo podía mirarle—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. ¿Cómo te ha tratado la vida? Supongo que bien, yo te veo preciosa, como siempre. —Me ruboricé sin poderlo evitar.

Intenté apartarme un poco del calor que desprendía su cuerpo o ardería entre sus brazos. Me sentía igual que cuando era joven, seguía enamorada de él. Su mano, la que tenía posada en mi cintura, impedía que me apartase, afianzando su agarre. Su mejilla se apoyó en mi sien y note cómo aspiraba mi aroma. Me estremecí de puro placer, las piernas parecían de gelatina y, si no hubiera sido por sus brazos, posiblemente hubiera acabado en el suelo. Pero no quería quererle, no quería sufrir. Aunque hubiera asistido solo, podía tener pareja. No sabía nada de él, no lo conocía.

—Óliver... —susurré.

—Mmmm...

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Estoy bailando con una preciosa mujer.

—No hablaba de eso. ¿Has olido mi cabello?

Noté su sonrisa.

—Ajá...

—¿Por qué?

—Porque huele a ti, huele a hogar y te echaba de menos.

Sus palabras me dejaron sin habla. Apoyé mi cabeza en su pecho y me dispuse a disfrutar de esa sensación que me embargaba. Sabía que solo era un baile, sabía que en apenas unos minutos acabaría y volveríamos a separarnos, pero nunca habíamos estado tan cerca y pensaba atesorar aquel momento en mi memoria para siempre.

La canción terminó y seguimos uno en brazos del otro oyendo la música que sonaba en nuestros corazones.

—Óliver...

—Mmmm...

—Ya no hay música.

—Lo sé.

—Entonces, ¿no deberíamos...? —Separó apenas nuestros cuerpos y me miró directamente a los ojos.

—¿Quieres salir conmigo al jardín? —me interrumpió.

—Me gustaría.

Me sorprendió su petición, pero hubiera ido con él al fin del mundo si me lo hubiera pedido.

Entrelazó su mano con la mía y tiró suavemente de mí para que lo siguiera.

—Chicos, ¿todo bien? —preguntó mi madre cuando, antes de salir al jardín, nos cruzamos con ella.

—Todo bien, mamá. Salimos a tomar un poco el aire. Será solo un momento.

La vi sonreír y asentir con la cabeza mientras miraba nuestras manos unidas. No pude evitarlo y me sonrojé. Acarició mi mejilla.

—No tengáis prisa —me dijo—, la boda continuará aquí cuando volváis... o no. —Le guiñó un ojo a Óliver. Él la besó en la mejilla y le oí susurrar un «gracias» al que mi madre le respondió con una caricia en el brazo.

Escruté a mi madre con la mirada interrogante, y ella solo sonreía, mientras la vi dirigirse al

que era su marido para continuar con su fiesta.

Salimos al jardín y paseamos por él. Íbamos callados, supuse que cada uno controlando nuestros demonios y nuestros miedos, por lo menos así me sentía yo.

—¿Cómo te ha ido la vida? —Intenté llenar el silencio.

—Bien, no puedo quejarme, aunque me hubiera gustado que tú estuvieras en ella.

—No podía, yo...

—Lo sé. Sé que fui un cerdo contigo aquella tarde.

—No quiero hablar de eso. —Me tensé al escuchar aquellas palabras.

Tiró de mi mano situándome frente a él.

—No pasó nada, Jo. No estuve con aquella chica. Ni siquiera la recuerdo. Lo que no he podido olvidar fue cómo me miraste.

—No era eso lo que parecía cuando entré en tu habitación.

—Quise que creyeras que habíamos tenido sexo. Quería hacerte daño.

—¿Y no fue así? —Negó con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Por qué querías que creyera eso?

—Porque te vi.

—¿Me viste? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que me viste?

—Te vi besándote con aquel niño de Sven. Me dolió tanto... Quise que mi dolor lo sintieras al igual que yo.

—Yo no lo besé. Me besó él a mí, hasta que pude separarme de un empujón y le pregunté qué narices estaba haciendo. Me dijo que la había retado en una apuesta justo la chica con la que te vi más tarde.

—¿Tú no le besaste? Yo creí...

—Solo había un chico que quería que me besara y el muy imbécil siempre iba acompañado por las chicas más guapas. ¿Cómo iba a competir yo con eso?

—No le besaste.

—No. No le besé, y no entiendo por qué estamos hablando de esto precisamente ahora.

—Cuando te vi besándole...

—Que yo no le besé. —Estaba empezando a enfadarme.

—Está bien, cuando vi aquel beso, creí que me moría. Quería hacerte daño y, aquella chica que llevaba colgada en el brazo desde hacía un par de días, me iba a ayudar sin saberlo. La subí a la habitación, y nos besamos, le pedí que se desnudara y se metiera en mi cama.

Estaba tan furioso, tan dolido, pero incluso en ese momento lo único que deseaba es que fueras tú quien estuviera entre mis sábanas. Sabía que no tardarías en volver a casa y que, como siempre, entrarías en mi habitación sin llamar porque había vuelto a dejar el baño hecho un desastre. Le dije que no tenía preservativos para no tener que hacer nada y entonces...

—Entonces, entré yo y os vi.

—Sabía lo que estabas pensando y mi orgullo permitió que lo creyeras. Lo que nunca imaginé es que desaparecerías de mi vida de un día para otro.

—No podía quedarme, Óliver. No podía ver cómo te alejabas de mí en brazos de otra. Dolía demasiado.

—Te fuiste y me olvidaste.

—Me fui, necesitaba poner distancia entre nosotros.

—No preguntaste nunca por mí.

—No, no lo hice. No quería saber si eras feliz ni si tenías familia. Quería olvidarte.

—¿Y lo has hecho? —Bajé mi mirada al suelo. Me sentía tan expuesta...—. Jo. —Cogió mi rostro entre sus manos e hizo que lo mirase. Fijé mis ojos en los suyos y observé su expresión—.

¿Lo has hecho? ¿Me has olvidado?

—No, no he podido olvidarte. ¿Contento?

—Estoy mucho más que contento. Yo tampoco he sido capaz de olvidarte.

Sus labios se posaron sobre los míos, y sentí su calidez, su desesperación que iba a la par de la mía. No podía creerme que me estuviera besando.

Se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos, apoyó su frente en la mía y susurró:

—Siempre supe que sería mágico.

—¿El qué? —Me sentía embriagada con su sabor.

—Probar tus preciosos labios. —Me sonrojé sin poderlo evitar. Sus manos en mi cintura afianzaban su abrazo—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Hacía poco tiempo que mi madre había muerto —comentó sin soltarme—. Fue una época complicada. Papá no me perdía de vista, ya me había metido en algún lío, por eso estaba aquel día en el parque. Recuerdo el momento exacto en el que te vi. Creí ver un ángel, eras preciosa, solo eras una cría, pero la más bonita que yo había visto jamás. Cuando papá y Sandra empezaron a salir, apenas te veía, pero cuando decidieron vivir juntos... verte todos los días era una tortura.

»Cada día eras más bonita y a medida que iban pasando los años empecé a verte de otra forma, de una manera nada fraternal. Incluso mis amigos empezaron a darse cuenta de los cambios que experimentaba tu cuerpo, de tu transformación de niña a mujer. Hacían comentarios sobre ti que me hacían hervir la sangre.

—¿Cosas? ¿Qué cosas decían? —Me pica la curiosidad, nunca pensé que me miraran de otra manera que como la hermana de su amigo.

—¿Qué cosas? Pues, yo qué sé. —Se notaba que estaba nervioso—. Que si qué buena se está poniendo tu hermana, menudos globos tiene, cualquier día le pido una cita... Ese fue Enrique, tuve que darle un puñetazo y darle la charla de que a las «hermanas» de los amigos ni mirarlas.

—Lo hizo —confesé recordando ese momento.

—¿El qué? —preguntó extrañado.

—Pedirme una cita.

—¿Enrique?

—Sí y algún otro de tus amigos.

—¡Me cago en la puta! Confiar en los amigos para esto... —protestó.

—No lo hice. No acepté a ninguno de ellos, no eras tú.

Besó mi frente.

—Siento haber sido tan estúpido en aquella época —se disculpó acariciando mi mejilla, y yo solo pude sonreír.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me atreví a decir.

—Lo que quieras.

—¿Qué pasó cuando me fui? Quiero decir...

—Me volví loco. No esperaba que te fueras de esa manera. No podía respirar, eras mi oxígeno y no me di cuenta hasta que me faltaste. La casa se me caía encima sin tus risas, sin tu genio cuando me reñías por cualquier motivo. Te echaba de menos a cada segundo. Papá se preocupó mucho. Apenas comía, no salía. Andaba como un zombi por la vida, sin rumbo...

»Hablamos, hablamos mucho esos días. Se lo conté, le expliqué cómo me sentía, lo que sentía por ti, aunque no fuera lo correcto y también lo que hice que te enfadó tanto como para marcharte. A la semana de nuestra charla, me alisté en el ejército. Necesitaba alejarme de todo.

—¡Vaya! —Estaba sorprendida por sus palabras, nunca esperé que él me quisiera como yo lo quería—. Exactamente, ¿qué le contaste a tu padre?

—Que me había enamorado de ti y lo que había hecho con aquella chica.  
—¿Y él qué te dijo?  
—Que, si realmente te quería y te había lastimado, tenía que dejarte espacio y confiar en que el destino nos volviera a juntar. Puse tierra de por medio y crecí como persona.  
—Supongo que habrás tenido muchas aventuras durante estos años. —Mis celos asomaron con mis palabras.  
—Sí, he recorrido gran parte del planeta, hay demasiados lugares en conflicto.  
—Ya... —le corté.  
—Jo, no te voy a mentir. He estado con algunas mujeres durante estos años, pero siempre fui franco con ellas, solo era desahogo y sexo. Nunca quise nada serio con ninguna porque siempre te he querido a ti. Siempre has sido tú. —Volvió a besarme con intensidad.  
—¿Por qué le diste las gracias a mamá, antes?  
—Por unir nuestras vidas de nuevo.  
—Explícamelo —le pedí sin entender de qué hablaba.  
—Nuestros padres son increíbles, Jo. No necesitaban casarse para demostrarse a ellos mismos o al mundo lo muchísimo que se quieren. Lo han hecho para que tú y yo no tuviéramos más opción que vernos y les estaré eternamente agradecido por ello.  
—Y, ahora, ¿qué pasará con nosotros?  
—Que, si tú me aceptas, quiero que nos conozcamos mejor, que nos queramos y quiero hacerte el amor hasta el día que nos llegue la hora de acompañar a la parca.

Sara Witch



Tú lo sabes



Camino por un pasillo largo y solitario. Las pocas luces, difuminadas por el techo, dan un aspecto lúgubre al lugar. Ando y sigo andando, no he de parar, no debo detenerme. No sé el motivo de esta determinación, pero mi instinto me obliga a continuar.

Hay algo ahí detrás. No puedo verlo, pero lo intuyo. Algo que viene tras mis pasos, oigo el sonido amortiguado de esas pisadas que siguen mi camino... No quiero mirar atrás, no quiero saber qué o quién es, solo quiero llegar al final del pasadizo, salir a la calle y volver a respirar, siento que la presión en mi pecho me lo impide. Tengo miedo. Mucho miedo. No saber por qué estoy huyendo aún me asusta más y por eso sigo andando rápido, no quiero saberlo. Gotas de sudor bañan mi frente, mis manos se abren y se cierran compulsivamente, los nervios están a flor de piel. Intento inspirar el oxígeno necesario para no perder el sentido. Para poder dar un paso más que me aproxime al final de este túnel eterno.

Un golpe amortiguado a mis espaldas hace que me pare en seco. Un escalofrío recorre mi cuerpo y sé que esa presencia está muy cerca... No, no, por favor. Ahora no, seguro que ya no falta mucho para alcanzar el final. No voy a rendirme. No puede cogerme, tengo que salir de aquí.

Mis pies se mueven. Mis piernas aceleran, las zancadas son más largas, más rápidas. Estoy corriendo. Eso que me persigue también. Lo sé, lo siento en cada poro de mi ser. Quiere atraparme y no descansará hasta que lo logre. ¿Por qué a mí? Esa pregunta se repite en mi cerebro hiperventilado por mi loca carrera hacia la salida, pero no encuentro una respuesta.

Una presencia demasiado cercana a mi cuerpo me estremece.

No puede ser. No ha podido correr tan rápido. No miro hacia atrás, solo me esfuerzo y sigo corriendo, esta vez más rápido, solo he de correr más deprisa...

Unos dedos largos y huesudos frenan mi cuerpo haciendo que pierda el equilibrio y caiga al suelo.

El dolor no es nada comparado al miedo que siento. Me coge por ambos brazos y me zarandea. Grito de puro pánico... Y entonces, a lo lejos, le oigo.

—Marta, vamos, Marta, solo es una pesadilla. Despierta, cariño. —Abro los ojos y ahí está Julián, siempre a mi lado. Mi compañero en este camino tormentoso que es la vida—. ¿Estás mejor? —me pregunta preocupado.

—Ahora sí... —Mi cuerpo está pesado. Mi respiración, poco a poco, se va normalizando. Le miro a los ojos, le abrazo fuerte, necesito sentir su calor y expulsar este frío que me llega al alma.

Sé que juntos venceremos esta maldita enfermedad que me está devorando por dentro... Y, si no lo logramos, sé que seguirá velando mis sueños hasta el último de mis alientos...

Sara Witch



Todo es posible



El trabajo, la casa, los niños... Desde aquella fría mañana de febrero en que mi marido había salido a por tabaco, y no se dignó a volver, mi vida era un caos. Me faltaban manos, tiempo y a veces incluso las ganas de continuar en este mundo. Pero entonces miraba la cara de mis pequeños y todo mejoraba. Ellos eran lo más bonito que existía en mi vida y pensar en desaparecer era totalmente absurdo. Era consciente. Sabía que era consecuencia del agotamiento físico y mental en el que me encontraba sumida desde hacía un año, y algunas veces deseaba evaporarme, pero sus sonrisas iluminaban mi camino y me daban la fuerza suficiente para continuar hacia adelante.

Pero, esperad, os cuento cómo me vi en esta situación.

Hacía siete años que lo había conocido, todo era increíble a su lado. Era detallista, apasionado, un hombre decente. Nos prometimos amor eterno y... ¡Ja! Cómo me engañó. Nuestro amor eterno duró lo que un suspiro. Creí en todos los proyectos que me propuso y me lancé a aventuras que jamás me hubiera atrevido a pensar que existieran.

Hace tres años me quedé encinta. Los anticonceptivos fallaron y, aunque no era un embarazo buscado, me sentí feliz. Era el fruto de nuestro amor... o eso creí yo. Desde que supimos la noticia, evidentemente, mis escapadas con él se redujeron considerablemente. Obviamente, no podía ir a hacer *puenting* ni a escalar un risco, no porque no pudiera, sino porque mi instinto de protección era más fuerte que sus ganas de divertirse. Él continuó con los deportes de riesgo, no se planteó en ningún momento dejarlos y al principio lo acompañaba y lo esperaba junto al coche, pero un día no me apeteció ir y ahí se acabaron nuestros fines de semana juntos.

Las cosas fueron cambiando entre nosotros, nuestros trabajos nos absorbían la mayor parte del día y, en mi caso, al llegar a casa por las noches volvía tan cansada que muchas veces me dormía sin cenar. Lo malo era que lo hacía en el sofá y ahí amanecía por la mañana. No era capaz de despertarme para que fuera a la habitación y así pudiera descansar bien, así que opté por llegar cenada y acostarme directamente en mi cama. No entendía el porqué de su comportamiento, ese embarazo tenía que ser de los dos, y él ni siquiera me tocaba, como si estuviera infectada por un virus mortal. Acabó durmiendo en la habitación de invitados, para no molestarme, decía... Cuando en una visita al ginecólogo —a la cual, por cierto, fui sola—, este me dijo que veía dos fetos me asusté. ¡Dos bebés! Pero, al oír el sonido de sus corazones retumbando por toda la consulta, me relajé y me enamoré de esa sensación, iba a tener dos peques y ya los quería más que a mi vida.

Vivíamos en una casa a las afueras de Barcelona. Con un jardín rodeado de una valla blanca, siempre había soñado con un lugar así y, cuando tuvimos la oportunidad, la compramos. La hipoteca es uno de esos temas de los que no me apetece hablar, pero ya os hacéis una idea.

La suerte era que ambos disponíamos de un buen trabajo y nos lo podíamos permitir. Nuestros amigos vivían relativamente lejos, por lo cual, cada día me sentía más sola. Mis padres habían fallecido hacía años en un accidente de tráfico, y mi única familia era él.

A medida que mi embarazo prosperaba, nuestra relación era más distante. Llegaba a altas horas de la madrugada o directamente no dormía en casa. Las primeras veces pasé mucho miedo, mi cabeza imaginaba miles de accidentes en los que se encontraba herido o, muchísimo peor, muerto... Luego, al ver que no llegaba porque no quería volver, empecé a tomármelo de otra forma. Yo sabía que nuestra relación no iba a ninguna parte, que el hombre del que me había

enamorado ya no existía, pero esperaba que cuando viera las caritas de nuestros hijos se diera cuenta de que no estaba actuando bien y que todo volvería a ser como antes o que los querría... simplemente. Ingenua de mí.

Un día llegué de trabajar antes de la hora que acostumbraba a hacerlo, durante el día no me había sentido bien, y mi jefe me mandó a casa a descansar. No, no lo pillé en la cama con otra mujer, aunque después de pensarlo durante mucho tiempo, creo que llegué justo después de que, quien fuera, se marchara. Él tenía el pelo alborotado y vestía con un simple pantalón corto de deporte, dijo que esa noche tenía una cena de trabajo y desapareció tras la puerta del baño. Me sentía sola, hinchada y llorosa, y para colmo mi marido me ignoraba constantemente.

Tuve a mis niños una tarde de mayo, Gabriel y Damián llenaron mi vida de alegría, y mi marido no me acompañó durante el parto ni sonrió al verlos. ¿Cómo podía ser tan frío? Eran sus hijos, y no quiso ni cogerlos en brazos, puso la excusa de que no quería lastimarlos porque eran muy chiquititos. Ese día me rompió el corazón y dejé de verlo como a mi pareja. En ese momento compartía casa y gastos con un completo desconocido y padre de mis hijos.

Desde el primer día en que mis peques y yo entramos en casa, fueron solo míos. Yo me ocupaba a todas horas de ellos, mientras él salía por ahí. Nunca se hizo cargo de nada relacionado con los niños y, aunque me dolía su indiferencia, saqué pecho por ellos y seguí adelante con la vida. El día que cumplieron su primer añito, él salió por la puerta y no volvió nunca más, igual fue a por tabaco y eso que no era fumador... Ni una llamada ni un mensaje, nada de nada. Desapareció de nuestra vida. Supongo que con alguna mujer, dudo de que se fuera sin alguien que se ocupara de él... De ese día ya habían transcurrido dos años.

Me encontré en una casa, de la que no podía hacerme cargo de los pagos, mi sueldo no me alcanzaba para todo, con dos bebés y sin ningún familiar al que acudir en busca de ayuda. Me vi superada, pero no estaba dispuesta a rendirme, mis hijos necesitaban que fuera fuerte por ellos y así sería.

Compré un periódico y empecé la búsqueda de un lugar al que poder llamar hogar, puse a la venta mi preciosa casa y me mudé con mis bichillos a la gran ciudad.

Abrí una cuenta y deposité la mitad del dinero, no quería que él apareciese de nuevo, no tener su parte de la venta y que me la reclamara. Si no volvía nunca, ese dinero sería para mis hijos. Encontré una guardería cerca de mi oficina y mi vida se redujo a eso. Niños y trabajo. No tenía vida social ni tiempo para tenerla.

Una mañana de domingo iba en el ascensor, con el cochecito doble el espacio se reducía muchísimo, cuando paró en una de las plantas del edificio, y entró un hombre muy apuesto, un vecino nuevo o quizás una visita a alguna de mis vecinas. Me miró y sonrió. Me quedé impactada, su sonrisa era preciosa, y yo estaba hecha un desastre, me ruboricé pensando así.

—¡Vaya par de preciosidades! —exclamó al mirar a mis hijos, evidentemente, no hablaba de mis pechos. Estaba fatal. Hacía mucho tiempo que un hombre no llamaba mi atención, y aquel era realmente guapo. Vamos, seguro que follaba cada noche y seguro que nunca con la misma... No podía ni soñar con un hombre así. Llevaba un cartel que avisaba de lo peligroso que podía ser. «¡Qué asco de vida!», pensé—. ¿Y tienen nombre estos muchachos tan guapos? —Le oí preguntar.

—Gabriel y Damián.

—Preciosos nombres..., como su madre. —Esto último creí no haberlo escuchado bien, hasta que me miró a los ojos, y volví a sonrojarme, en el momento en que las puertas del ascensor se abrieron. Salió despidiéndose, y le observé hasta que abandonó el edificio. Lo más probable era que no volviera a verlo.

Me dirigí con mis peques al parque, los subí a los columpios de seguridad y, mientras les

empujaba suavemente escuchando sus gorgoteos, mi mente recordó unos preciosos ojos negros y una bonita sonrisa.

Un par de horas más tarde, me apetecía un café y, aprovechando que mis hijos se habían quedado dormidos, decidí acercarme a una cafetería cerca de la plaza, parecía que habían abierto hacía poco tiempo. Todo estaba nuevo y reluciente. Aparqué el cochecito al lado de la mesa y me senté a que me atendieran.

Una chica mona, con una coleta alta, me preguntó qué me apetecía tomar. Le pedí un *muffin* de chocolate y un café. Se alejó a preparar la comanda y entonces lo vi. El hombre del ascensor estaba tras la barra, charlando con dos chicas que se lo comían con la mirada. Atendió a la camarera y entonces me miró. Una sonrisa preciosa asomó a sus labios, y no pude evitar sonreír con él. Preparó el pedido, les dijo algo a las chicas y salió de la barra trayendo mi encargo.

Las chicas me miraron repasándome hasta que vieron el cochecito y se rieron entre ellas. Supongo que evaluaron mis posibilidades con un hombre como él. Y vieron que no tenía ninguna. Me dieron ganas de levantarme y marcharme, pero entonces él se sentó frente a mí.

—¿Esto es casualidad o me has seguido?

Volví a sonrojarme sin poder evitarlo.

—No, no sabía que trabajases aquí..., es casualidad.

—¡Vaya! Y yo que esperaba haberte impactado... Eso es porque aún no nos hemos presentado. Soy Miguel y soy el dueño de la cafetería. —Tendió su mano hacia mí esperando que le correspondiera al saludo.

—Soy Adriana y a mis niños ya los conoces. —Sonreí sin poder evitarlo. Nuestras manos se unieron en la presentación, y una sacudida recorrió todo mi cuerpo con su contacto.

—Y por lo que parece somos vecinos. —Continuó la conversación, como si él no hubiera notado la electricidad entre nosotros.

—Sí, eso parece —respondí sonrojada.

—¿Se reunirá aquí contigo tu pareja?

—No, yo no uso de eso... —Sonreí y su expresión cambió—. Se marchó cuando los peques cumplieron su primer añito.

—Discúlpame, he de volver a la barra.

—Claro, no hay problema.

Le observé alejarse y cómo entablaba de nuevo conversación con las dos chicas que seguían comiéndoselo con los ojos. Supongo que el tonto con una mujer casada que tenía a alguien esperando en casa era algo más seguro que pensar que, si pasara algo entre nosotros, tendría dos pequeños revoloteando a su alrededor sí o sí... Se me habían quitado las ganas del café y del *muffin*. Me levanté y dejé un billete de cinco euros sobre la mesa. Tiré del cochecito y salí del local.

¿Así sería mi vida? ¿No podría relacionarme con un hombre sin que saliera corriendo porque tenía hijos yo sola? Pues que así fuera. Mis niños eran y serían siempre lo primero.

—Adriana...

Oí a alguien gritar mi nombre, me giré y me quedé paralizada en medio de la calle. Vi a Miguel sorteando a la gente mientras corría en mi dirección. ¿Me habría dejado algo en la cafetería?

—Miguel, ¿qué pasa?

—No te has despedido.

—Lo siento. Te he visto muy ocupado y no he querido molestarte. —Toma pulla en toda la frente. «¿Qué estoy haciendo? No puedo estar celosa», pensé. No nos conocíamos en absoluto y, sin embargo..., había salido corriendo a buscarme. ¿Por qué?

—¿No te ha gustado el café? ¿El *muffin*? Ni los has probado.

—He recordado que tenía algo que hacer... —Mierda de excusa.

—¿Puedo acompañarte?

—¿No tienes que volver al trabajo?

—Soy el jefe, puedo decidir mi horario y ahora mismo prefiero ir contigo, si no te parece mal.

Su mirada estaba fija en la mía. Parecía sincero...

—¿Por qué?

—Porque desde que te vi esta mañana en el ascensor no he podido dejar de pensar en ti. No creí tener la suerte de verte tan pronto y, siendo sincero, saber que no hay un hombre esperando en casa me ha dado ánimos para actuar de este modo. No quiero asustarte. Vivo en el bloque de pisos donde nos vimos esta mañana. El piso era de mi abuela y me lo dejó cuando murió. Ahora que he abierto la cafetería me he instalado allí. Tengo treinta y dos años y me encantaría conocerte. ¿Te apetece ir a tomar un refresco, un café?

Sonreí.

—No soy una mujer sencilla...

—Me gustan los retos —me interrumpió.

—Tengo dos hijos y siempre serán lo primero para mí.

—Me encantan los críos y no entendería que fuera de otra forma, son tus hijos.

Lo miré. Me acerqué un poco a él y le pellizqué en el brazo.

—¡Au! ¿Y eso? —preguntó mientras se frotaba el lugar en cuestión.

—Quería asegurarme de que eres real. —Sonrió con un brillo increíble en su mirada.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Os apetece pasear conmigo?

—Nos apetece.

Y vaya si paseamos. Ese fue el primer paseo de muchos... Entre nosotros se creó un vínculo que aún a día de hoy me sorprende, porque sí, ya llevamos treinta años juntos. Sí, sí, tres décadas de amor, compañerismo y complicidad. Nunca hubiera creído que un hombre como él; guapo a rabiar, simpático y trabajador, con posibilidades de conocer a una chica y tener sus propios hijos, decidiera quedarse con los míos y conmigo. Me divorcié de ese a quien creí el amor de mi vida, y Miguel me pidió que yo y los niños lo aceptáramos para toda la eternidad, ¿cómo iba a negarme? Me había enamorado de él la primera vez que me sonrió en aquel ascensor. Por supuesto que acepté su proposición, nos casamos y adoptó a mis niños.

Llegó el día en que Gabriel y Damián se hicieron hombres. Estaban preparados para vivir sus vidas de adultos, y Miguel y yo los vimos abrir las alas y volar...

A veces, muy pocas, me pregunto qué será del padre biológico de mis gemelos. Pero me dura poco la curiosidad. Hace más de treinta años que salió por la puerta de la casa que compartíamos y, a día de hoy, no he vuelto a saber nada de él. Supongo que le vino grande tener que hacerse adulto, ser el padre de dos criaturas le impedía disfrutar de su «libertad». Fijaos que lo he puesto ente comillas para que captéis la ironía. Siempre he pensado que huyó como un cobarde.

—Cariño, ¿te apetece un café? —Su voz me llega a través del pasillo y sigue seduciéndome como el primer día.

—Ponme uno, ahora salgo. —Me lavo la cara y sonrío al reflejo del espejo. Pasé dos años muy duros tras el abandono de mi pareja. En ese momento me faltaban las fuerzas, los nervios me consumían y todo lo veía de color negro. Fue duro. Estaba sola con dos bebés, preguntándome qué había hecho para que me dejara de querer de la noche a la mañana. Luego, con el tiempo, lo entendí... Nunca me quiso realmente, mucho menos a los niños, que no entraban en su modo de vida. Y entonces llegó él. Miguel, creando luz a su paso y dándome el cariño y el apoyo que

necesitaba desde el primer momento.

A veces la vida puede dar un giro que nos sorprenda, que nos lastime e incluso nos hunda en la más profunda de las miserias, pero siempre hay un día más, una sonrisa tras una lágrima, una esperanza tras el caos... Mientras nos quede un soplo de vida, es posible volver a ser feliz. Yo lo conseguí.

Sara Witch



## Agradecimientos

A veces no nos damos cuenta de lo que nos rodea, vamos pendientes de la tecnología y nos perdemos en nuestra pequeña burbuja como si no existiera nada más y, el simple hecho de prestar atención, nos puede llevar a imaginar miles de situaciones o de posibles vidas. Quiero dar las gracias a todas esas personas anónimas que usan el transporte público y que han inspirado estas historias ficticias, pero aun así posibles.

A mis lectores, que acompañan cada una de mis locuras, y sobre todo a mis *witches* que siempre están ahí para seguir en esta aventura que es leer.

Gracias a todos de corazón, espero que disfrutéis con estas historias.

# Biografía



Nacida en la ciudad de Hospitalet de Llobregat (Barcelona) en 1969.  
Comparte su vida con su marido y sus hijos, que aguantan sus locuras y su carácter.  
Apasionada de la música, la naturaleza y, sobretodo, de sus amigas con las que vive grandes aventuras.

Otros títulos de la autora:

*Segundo sueño a la izquierda*. En febrero 2017 en digital, en papel octubre 2017. Editorial LxL.

*Hoy es un gran día*, autopublicado en diciembre de 2018.

*Luces en las sombras*, autopublicado en mayo de 2019.

Redes sociales:

 @SaraWich Escritora

 @sara\_witch1

 @sarawitch2014